

enardecian el espíritu de los valientes que defendían el templo del venerado númen de la guerra. Inflamados sus corazones por el sentimiento religioso, al luchar á la vista de su deidad tutelar, se arrojaban sobre sus contrarios, acometiéndoles con sus largas lanzas y sus cortantes *maquahuítes*. Hernan Cortés, corriendo al sitio de mas peligro, parecia el númen de la guerra que llevaba el estrago en su cortante espada. Nada habia que resistiese á su empuje, nada que le hiciera retroceder en su paso; «mostrándose,» dice Bernal Diaz, «muy varon, como siempre lo fué» (1). El pavimento estaba lleno de cadáveres de capitanes aztecas, y no faltaban entre ellos algunos soldados españoles. Muy pocos eran los compañeros de Cortés, que no hubiesen recibido algun flechazo ó pedrada. «Casi todos,» dice el bravo veterano, «estaban heridos y chorreando sangre» (2). Empeñado Cortés en vencer á sus contrarios, redobló sus golpes; pero el mismo afan manifestaban los mejicanos para lograr el triunfo, y resistían el choque.

La lucha era á la arma blanca. Los mosquetes no podían cargarse en aquel sitio en que andaban mezclados los que combatían. La lanza y el *maquahuítl*, se cruzaban con la pica y la espada toledana. Parecia, por lo mismo, que la cuestion debia resolverse por la fuerza física, venciendo el número mayor; y sin embargo, se iba notando que los mas iban cediendo, aunque poco á poco, á los menos. Los guerreros mejicanos, aunque

(1) «Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(2) «Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, é más de cuarenta soldados muertos.»—Bernal Diaz. Hist. de la Conq.

luchaban con el denuedo de los héroes y contaban con fuerzas superiores, no estaban, en la esgrima, á la altura de sus contrarios. La espada toledana, manejada con destreza, causaba en ellos horribles estragos, puesto que no sabían evitar sus golpes.

Los escuadrones que ocupaban las azoteas próximas al templo, miraban con ansiedad aquella lucha, sin pronunciar una palabra, sin perder uno solo de los movimientos de los combatientes; dejando escapar una exclamacion de alegría, cuando veían alguna ventaja en los suyos; sintiendo una opresion aguda, cuando lo creían ver en los españoles.

La lucha continuaba con la misma obstinacion. La sangre corria en arroyos por el pavimento. Los combatientes aztecas y castellanos estaban decididos á triunfar ó morir. Retirarse de allí era imposible. A la espalda del reducido campo de batalla no habia mas que el precipicio. El pavimento era plano y cualquier descuido podia serle fatal al hombre que se acercase á la orilla. Por eso procuraban unos y otros hacer retroceder á sus contrarios, para que, faltándoles terreno donde colocar el pié, cayesen de la inmensa altura.

Tres horas llevaban de luchar sin descanso; pero el número de guerreros mejicanos habia menguado considerablemente. Hernan Cortés, viendo que se debilitaba la resistencia de los contrarios, dió la voz de acometida, y al fin logró desbaratar y poner en dispersion á los que habian resistido con denuedo. Acosados de cerca y no queriendo rendirse, retrocedían luchando y dando cara hasta la orilla, arrojándose al terrado in-

mediato, cayendo muchos hasta el átrio inferior, haciéndose pedazos en la caída (1). Se dice, por algunos historiadores, que dos jefes mejicanos, creyendo que con la muerte de Hernan Cortés lograrían que los hombres blancos abandonasen el país, se resolvieron á dar la vida por la patria. Puestos de acuerdo, esperaron el momento oportuno para realizar su plan. Era este, acercarse sin armas á Cortés pidiéndole misericordia, cuando se hallase cerca de la orilla de la cúspide, y arrojándose de la cima al instante mismo, llevar tras ellos al caudillo español. La oportunidad se presentó en la derrota. El jefe castellano, persiguiendo á sus contrarios, se aproximó al borde del recinto. Los dos guerreros, arrojando las armas, se echaron á sus piés pidiéndole clemencia, y acto continuo se lanzaron de la altura, tratando de llevar en su caída á Cortés, á quien tenían asido. El caudillo español, merced á su mucha fuerza, logró desprenderse de las manos de sus contrarios, que cayeron al átrio inferior, quedando despedazados con la caída. Muy fuerte y ágil era Hernan Cortés; pero el hecho, de la manera que está referido, tiene todos los visos de inverosimilitud. Debe temerse el dar por realidad ese pasaje, cuando siendo altamente honroso para Cortés, lo mismo que para los dos nobles az-

(1) «Y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojarlos del cu abajo, desde lo alto, los cuales todos morian despeñados, quebrados brazos y piernas, y hechos pedazos, porque el cu era muy alto; y otros los mismos españoles los arrojaban de lo alto del cu, y así todos cuantos habian subido de los mejicanos, murieron mala muerte.»—Sahagun. Hist. de la Nueva España, MS.

tecas, no lo menciona él en sus cartas, ni lo refiere Bernal Diaz del Castillo (1).

Puestas en desorden las filas de los guerreros mejicanos y combatiendo ya sin concierto, fueron sucumbiendo uno despues de otro, hasta no quedar ninguno con vida. Todos habian perecido bajo la cortante espada de los españoles ó arrojándose de la cúspide al átrio inferior. Solamente dos sacerdotes de alta importancia quedaron prisioneros (2).

Revueltos entre los cadáveres de los aztecas, se veian cuarenta y seis soldados de Cortés, que habian sucumbido desde que emprendieron el asalto al *teocalli*.

Enseñoreados de la cúspide los españoles, penetraron al santuario donde habia hecho colocar el general, antes de su marcha de Méjico, la imágen de la madre

(1) Solís refiere este episodio con el brillante colorido propio de su bien cortada pluma. Dice que dos indios, resueltos á dar la vida por la patria, y creyendo que la guerra acabaria con la muerte de Cortés, al ver á éste cerca del pretil, se echaron á sus piés, pidiéndole misericordia, de rodillas, y que «sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso;» pero «que los arrojó de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad.» Casi toca en lo imposible que pudiese el general castellano mantenerse como una roca, sin ser arrastrado por el peso y el impulso de dos hombres que se arrojan de una altura. El Sr. Robertson, para hacer mas posible el caso, dice que Cortés se agarró de unas almenas; y el Sr. Raynal asegura, que se afianzó de una reja. Ambos escritores olvidaron que aquellos templos no tenian ni almenas ni rejas.

(2) «Y arriba peleamos con ellos tanto, que les fué preciso saltar della (de la torre) abajo á unas azoteas que tenian al rededor tan anchas como un paso. E destas tenian dicha torre tres ó cuatro, tan altas la una de la otra como tres estados. Y algunos cayeron abajo del todo... E los que en aquellas azoteas quedaron, pelearon desde allí tan réciamente, que estuvimos mas de tres horas en los acabar de matar; por manera que murieron todos, que ninguno escapó.»—Seg. carta de Cortés á Carlos V.

del Salvador (1). El altar y la escultura no estaban ya allí: habían sido mandadas guardar por Moctezuma, deseando acatar la voluntad del jefe español, que le recomendó que no permitiese ofensa ninguna á la cruz y á la imágen de la Virgen. Hernan Cortés y su gente, ayudados de los tlaxcaltecas, pusieron fuego á los ídolos, ardiendo á poco todos ellos, incluso el colosal y horrendo Huitzilopochtli, y una gran parte de la pieza en que se hallaba. El incendio se comunicó á los dos cuerpos últimos de las torres que eran de madera, y las llamas, elevándose al cielo, arrojaban su siniestra luz sobre la ciudad, cuyos habitantes miraban, aterrados, convertirse en cenizas sus veneradas deidades (2).

Parecia que los mismos dioses del paganismo trataban de alumbrar su desaparicion de las bellas regiones del Anáhuac, para que sustituyesen, á las horribles hecatombes de víctimas humanas sacrificadas en sus templos, bellos altares cubiertos de fragantes flores, en armonía con el limpio cielo de aquellas auríferas regiones, con la dulce suavidad de su clima y con el blanco perfume que exhalan sus florestas.

(1) «Con cuya ayuda de Dios,» dice Hernan Cortés en su segunda carta, «y de su gloriosa Madre, por cuya casa aquella torre se habia señalado y puesto en ella su imágen.» Estas palabras del caudillo español hacen creer que el gran *teocalli* se hallaba efectivamente donde está la moderna catedral. Siempre me ha hecho titubear la anterior afirmacion de Cortés respecto de si el templo principal estaba en Tlatelolco, como parece, atendiendo la manera de espresarse de Bernal Diaz, ó si ocupaba el sitio en que hoy está la catedral. En notas anteriores he manifestado las razones que hay para deducir, por las palabras de Bernal Diaz, que se hallaba en Tlatelolco. Ahora pongo lo que dice Hernan Cortés, á fin de que los amantes á la investigacion, marquen definitivamente el sitio que ocupaba.

(2) «Y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos y Tezcatepuca.» —Bernal Diaz del Castillo.

Los mejicanos veian con asombro, desde todas partes, á Hernan Cortés y sus soldados, dominando la cúspide y bañados por la roja luz del incendio, como seres que despreciaban la furia de los hombres y la ira y el poder de los dioses. Les veian como desafiando á sus númenes y á la nacion; y los aztecas veneraban hasta el fanatismo á los primeros y amaban mucho su patria, para que no aceptasen el reto.

Les habia llenado de asombro la toma del fuerte *teocalli*, defendido por sus mejores guerreros; pero no habia amenguado esto el valor de los demás, aunque algo parecia haber calmado su furia. Sin embargo; aquella calma era la calma aparente del mar, que vuelve á rugir con mas fuerza.

Los escuadrones mejicanos, semejantes á los caudalosos rios que marchan en diversas direcciones á confluir en un punto se dirijian por todas las calles hácia el *teocalli* para cerrar la salida á los hombres blancos y ahogarles entre las terribles olas de aquel inmenso océano de gente que ocupaba la ciudad entera y sus alrededores.

Hernan Cortés vió desde la cúspide del templo, moverse los batallones aztecas, y comprendiendo la intencion que les guiaba, dispuso descender del *teocalli*. Nada tenia que hacer ya en él. Su objeto habia sido manifestar á sus contrarios su poder, para inclinarles á un arreglo de paz. Creia logrado su intento, y determinó volver á los cuarteles, dejando en sus contrarios la dura impresion del golpe que habian recibido.

Contento del triunfo alcanzado, empezó á bajar las empinadas gradas de la alta pirámide, seguido de sus

soldados, en cuyas filas iban los dos sacerdotes prisioneros.

Casi en los momentos que ponian el pié en el átrio inferior, se escucharon los alaridos de guerra de los escuadrones aztecas que llegaban, el ruido horrísono de sus caracoles marinos.

Hernan Cortés montó en su brioso corcel, y acometió, con la caballería, á los que intentaban cerrarle el paso. Los mejicanos, dominados aun por el terror que les habia causado la toma del templo y el incendio del santuario y de sus dioses, se retiraban sin oponer gran resistencia. Los hombres blancos se presentaban á sus ojos, en aquellos instantes, como seres irresistibles. Sin embargo, el pavor fué desapareciendo á medida que se iba empeñando la lucha, hasta que se convirtió en ira y odio contra los enemigos de sus dioses.

Entonces se arrojaron con el mismo denuedo que en los anteriores combates, rodeando á los españoles por todas partes. Hernan Cortés, deseando dar descanso á su fatigada tropa, se dirigió hácia sus cuarteles, pudiendo apenas contener, con la caballería, las furiosas olas de aquel airado océano de guerreros que amenazaba sepultarlo todo debajo de sus piedras y sus flechas. Al fin, despues de grandes peligros y combates, entraron los españoles á sus cuarteles, deshechas las máquinas de madera, heridos todos y con cuarenta y seis muertos (1).

Los mejicanos tuvieron por una de las acciones mas

(1) Acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos y

atrevidas de los españoles el asalto al *teocalli* y el haber logrado llegar hasta las torres para poner fuego á sus dioses. Creian superior á las fuerzas humanas subir hasta el santuario, defendido por millares de los mas distinguidos capitanes, bajo una lluvia de piedras, de flechas y saetas. Admirados del hecho, trataron de perpetuar la batalla, pintándola en lienzos, presentando muertos á muchos castellanos, y heridos y cubiertos de sangre el resto. Estas pinturas, dibujadas por mejicanos y tlaxcaltecas, se veian aun algunos años despues de la conquista (1).

La llegada de Hernan Cortés á los cuarteles fué de notable consuelo aun para los que habian quedado en ellos. Los mejicanos, que tenian un ejército numeroso que podian dividirlo sin debilitarlo, atacaron el edificio con millares de guerreros, mientras se encontraban fuera las fuerzas que habian salido con el jefe español. La llegada de la fatigada columna en los momentos mas críticos, obligó á los aztecas á desistir, por aquel dia, de nuevos asaltos, aunque no de arrojar piedras y flechas y de amenazar á los sitiados con que pronto serian sacrificados á sus dioses.

Cuando la noche puso término á los combates los españoles, sin poder entregarse al descanso, se ocuparon en

muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos, y otros escuadrones por las espaldas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Muchas veces he visto pintada entre los mejicanos y tlaxcaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu; y teníanlo por cosa muy heróica, que aunque nos pintan á todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen dellos hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y estar tanto guerrero guardándolo en los pretilos y concavidades.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

curar los heridos, enterrar los muertos, reparar algunos destrozos hechos en las paredes, limpiar sus armas y prepararse para hacer nuevas salidas (1).

(1) La mayor parte de los historiadores dicen que Cortés, despues de tomado el templo, marchó tranquilamente á sus cuarteles «pasando por entre las espesas filas de los guerreros indios, que se hallaban en el átrio demasiado atemorizados por las terribles escenas que habian presenciado, para oponer resistencia, y llegaron salvos á sus cuarteles.» (Prescott. Hist. de la conq. de Méjico). Solís asegura que «hizo Hernan Cortés que se transportasen luego á su cuartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable y socorro necesario en aquella ocasion.» Hernan Cortés no trae nada de eso y solo dice, que «algo perdieron del orgullo con haberles tomado esta fuerza,» y Bernal Díaz, á quien he seguido en el relato de este y de otros hechos, asegura, como de jo referido, «que con gran trabajo tornamos á los aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo y dando guerra otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles.»

CAPITULO XIV

Hernan Cortés solicita un parlamento.—Resultado de él.—Cortés hace una salida y quema trescientas casas.—Muerte de Moctezuma.—Sentimiento de los españoles por la muerte de Moctezuma.—Cortés envia con todo respeto el cadáver á los jefes mejicanos.—Reflexiones respecto de su muerte.—Continúan los combates.

Al lanzar la luz del dia sus primeros destellos, se encontraba la capital azteca mas tranquila, al parecer, y menos belicosa.

Cierto es que los ejércitos mejicanos se extendian mas allá de lo que alcanzaba la vista, y que las calles y las azoteas se hallaban cubiertas de guerreros; pero no se advertia en ellos nada que indicase movimiento sobre los cuarteles.

Hernan Cortés se lisonjeó con la idea de que la te-